

Literatura y compromiso

JOSE ANTONIO ABELLA

HOY hace 63 años, un 14 de febrero, Segovia se convertía en escenario de una reunión cuyo recuerdo no debiera pasarnos desapercibido. Sucedió en el Teatro Juan Bravo, donde se habían dado cita —de la mano de Antonio Machado— tres de los intelectuales más destacados de aquella época, nada más y nada menos que José Ortega y Gasset, el doctor Gregorio Marañón y Ramón Pérez de Ayala. Todos ellos formaban parte de la «Agrupación al Servicio de la República», presidida en Segovia por el autor de Campos de Castilla. Un día antes, había presentado su dimisión el general Berenguer, presidente del penúltimo gobierno de la Monarquía. Y justamente dos meses después, el 14 de abril, sería proclamada la República.

Pero volvamos a aquel 14 de febrero. Por la mañana, un telegrama del Ministerio de la Gobernación suspendía el acto que había congregado a tan ilustres personalidades. Estas, sin embargo, no quisieron claudicar ante tal orden y el gobernador de la provincia, tras no pocas gestiones, se vio forzado a dar su consentimiento para que se celebrara dicho acto. El teatro estaba a rebosar. Los conferenciantes serían presentados por don Antonio, quien, con su timidez habitual, sin levantar los ojos de un cuaderno con pastas negras que había sacado de su cha-

queta, dijo —no lo recuerda Pablo de A. Cobos— que la revolución no consistía en volverse loco y lanzarse a levantar barricadas; que era algo menos violento, pero mucho más grave; que sin el concurso de mentalidades creadoras la revolución sería una catástrofe. Cuando Ignacio Carral, finalizado el acto, le pidió a Machado aquel cuaderno para reproducir sus palabras en el periódico «La Libertad», el poeta no quiso entregárselo; más ante la insistencia de Carral, amigo y compañero de aquella tertulia segoviana en el café de La Unión y en el taller que Arranz y Barral compartían junto a la Casa del Sol, don Antonio terminaría cediendo: para sorpresa del periodista, aquel cuaderno de pastas negras sólo contenía listas de alumnos y cuentas de lavandería...

En esta época que nos ha tocado vivir, donde las modas imperan sobre los modos, donde el Estado del Bienestar anula al Estado del Bien-ser, donde los ladrillos que se quitan a las fronteras de las naciones más poderosas se apilan para hacer más altas y robustas las fronteras con los países más pobres, donde mirar al Este significa no ver el Sur, donde el racismo y la xenofobia renacen de sus cenizas de muerte..., en una época como la nuestra, en fin, resulta incomprensible que hablar de compromiso parezca retrotraernos a los tiempos de Maricastaña. Y uno piensa, sinceramente, que ni el triste

ejemplo de nuestros políticos, ni la comprobación de que las libertades alcanzadas no nos hacen tan libres como inocentemente imaginábamos, ni el sentimiento de impotencia ante una marioneta de la realidad cuyos hilos nos parecen ajenos e invisibles, ni tan siquiera nuestro personal hastío y desencanto sean los responsables de la pasividad de este fin de siglo ante sus propios problemas. Y uno más bien se inclina a pensar que —siguiendo el viejo consejo que Lao Tse daba a los gobernantes de todas las épocas: «vaciar los corazones y llenar los estómagos, debilitar las aspiraciones y robustecer los huesos»— son nuestros estómagos satisfechos quienes velan el sueño de nuestras conciencias dormidas.

El 14 de febrero de 1931, en el Teatro Juan Bravo, algunos de los mejores escritores de este siglo tomaron postura ante los problemas sociales de su tiempo. Han pasado 63 años y, precisamente en estos días, otro escritor segoviano, Ignacio Sanz, dirige en las costas de Málaga un foro internacional que sobre el tema «Literatura y Compromiso» reúne a un centenar de escritores es-

pañoles e iberoamericanos. Hoy, cuando la inercia del consumo nos consume, cuando en el mercado de la moda el compromiso no vende, me parece realmente importante —con todas las reservas y prevención que los eventos sufragados con fondos públicos me inspiran— que un centenar de jóvenes escritores se reúnan para debatir su posición ante

esa marioneta de un mundo en el que cada uno de nosotros, y el escritor muy especialmente, tiene algunos hilos que mover. En verdad interesante porque, hoy, los vínculos que entrelazan estas dos actividades del espíritu humano se

han ido diluyendo hasta perderse en las playas de nuestra memoria. Pero, sobre todo, porque las olas del mar que bate en esas mismas playas siguen trayendo muertos que si nos parecen lejanos —pobres negros y magrebíes que zozobraron en la aventura de subsistir— es por no haber mirado su rostro para poder darnos cuenta de que esos cadáveres arrojados a nuestras playas sólo son, sin metáfora alguna —quien quiera entender que entienda—, el envoltorio de nuestros propios y satisfechos cadáveres.

«Los vínculos se han ido diluyendo»